

# LOS SUCEOS

Subscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

## LA VIDA EN BROMA

Los muertos y los vivos.

¿Cómo cambia la vida por momentos!... En cuatro días mal contados, el mundo ha sufrido una transformación radical y completa. Los búlgaros se han apoderado del Imperio



turco, que parecía más turco de lo que se ha visto; el Tratado franco-español, que llevaba trazas de no acabar nunca, se ha firmado (¡Dios nos coja confesados!); Zancada ha sido nombrado subsecretario; la huelga ferroviaria ha estado á punto de ser declarada ilícita; el juego está en vísperas de ser declarado lícito; Maura asoma por Oriente (plaza de Idem); Montero Ríos asoma la gaita por la plaza... de alguno de sus yernos que no está contento con la que disfruta, y el impuesto de inquilinato está condenado á desaparecer en plazo no lejano...

El cambio no puede ser, pues, más hondo y brusco.

Y como si esto no fuera bastante, que no lo es para vivir, todavía el Gobierno español se propone suprimir de una plumada todos los sueldos menores de seis mil reales entre los funcionarios del Estado.

Estamos en los albores de una nueva vida...

Esta idea de suprimir los sueldos pequeños, se tomó por el Gobierno el mismo día de Difuntos, que es, por lo visto, cuando pudo enterarse Canalejas de que no todos los "cáda-veres" están en los Cementerios,

sino que andan ya sueltos por las calles y por las plazas de cuatro y cinco mil reales con descuento.

Es posible que lo hiciera por sacar ánimas de pena.

Efectivamente: un buen número de muertos... (de muertos de hambre) hay que buscarlos en los Negociados de las oficinas del Estado, donde figuran como escribientes y se confunden, á veces, con las obleas, por el grosor, por el color y por el peso.

Todos Santos es un día que ni pintado para acordarse de los que no viven, á pesar de sacar la cédula personal todos los años. ¿Qué mejor corona se les puede llevar á esos pobres "difuntos" que una bizcochada y un rosario de chorizos?...

Esa quiso el Gobierno que fuera su ofrenda. Pero ahora digo yo: ¿No pagaremos los demás españoles los vidrios rotos?... ¿No nos recargarán los impuestos para que los escribientes vivan con más desahogo, y hasta se permitan el lujo de los deportes?...

Lo cierto es que la feliz nueva fué recibida con gran júbilo por los interesados, que no sabían á qué atribuir tanto bien: si á Leopoldo Romeo, que lo había pedido desde "La Correspondencia de España" siete veces en un solo día (tantas como ediciones), ó al testamento del Gobierno, que dicen estaba en crisis.

No faltó, sin embargo, quien puso en duda que lleguen á realizarse tan bellos propósitos. Una de esas personas fué doña Escolástica, la esposa de Sotero, empleado de cinco mil reales con descuento que, para de-

fenderse, tiene que dedicarse á vender bisutería á perra gorda los domingos en el Rastro, cosa que le sienta muy mal al jefe, parroquiano de aquellos bazares.

—¿Quién te ha dicho eso?...

—¿Quién ha de ser? ¡Canalejas! El propio Canalejas!

—¡Pues no lo creas, Sotero!...

—¿Por qué?

—¡Porque lo mismo hizo con los ferroviarios, y luego...



—¡Quita, mujer...! Pon tu fe en él; no seas pesimista!

—Mientras esté Romanones á su lado, no pongo nada...

—¿Qué gran instinto el de las mujeres!...

Hora es de que á los empleados públicos, declarados ya inamovibles, gocen de las venturas de una vida más tranquila y cómoda.

No ocurra lo que hoy, que ve usted á uno de esos funcionarios, pálido, descolorido, extenuado, y no puede usted por menos de preguntarle:

—¿Caramba, hombre! ¿Está usted enfermo?... ¿Qué tiene usted?...

—¡Nada! Cuatro mil reales con descuento.

Lo que va á ocurrir, y ustedes lo han de ver, si cada plaza llega á ser una "prebenda", es que todo el mundo va á querer ser empleado público.

Nó sé si la mejora de sueldos traerá ó no ventajas á España, que está sobrada de funcionarios y servidores, de Negociados y de jefes de Sacción en todos los Ministerios y dependencias oficiales.

Pero lo que sí puedo asegurar es que el Gobierno, haciendo eso, se hará acreedor á la gratitud de los interesados y de sus acreedores, que podrán cobrar.

¡Eso me consta!

F. ROIG BATALLER.



Don Antonio Prast, notabilísimo aficionado fotógrafo que acaba de publicar un precioso álbum de fotografía artística con veinticinco grabados, reproducción de otras tantas fotografías, y que son una verdadera maravilla de gusto artístico, de luz, de efectos, de perfección, en una palabra

Ayuntamiento de Madrid



# LOS PELIGROS DEL TRANSEUNTE

**C**ONSTANTEMENTE tenemos que lamentar desgracias ocurridas en las calles y ocasionadas unas veces por la excesiva velocidad de los vehículos, coches, tranvías y automóviles, otras por culpa del transeunte.

Raro es el día que no ocurre una de estas desgracias en Madrid, pero no podemos decir que sean cosas de España, pues en todas partes cuentan habas y en el extranjero á verdaderas calderadas.

Véase lo que dicen las estadísticas de las islas Británicas.

El año pasado los vehículos del reino unido atropellaron á 36.767 personas, matando á 1.557. En Londres los muertos fueron 410 y los heridos 15.156. Una batalla con semejantes bajas es digna de figurar entre los combates de la actual guerra balcánica.

En la capital de Inglaterra se hace una verdadera campaña contra los automóviles, contra el tráfico, pero no es difícil probar que no son estas las causas de tanto accidente como ocurre.

Claro está que cuanto menos tráfico, cuantos menos vehículos, cuantas menos personas pasen por una calle, menor es el número de accidentes; pero como la vida de la nación depende del tráfico, conviene aumentar éste y disminuir por otros medios el número de accidentes.

Concentremos nuestra atención en Londres, el lugar más peligroso de todos y veremos que los accidentes del tráfico no es cosa de hoy. Hace diez años, cuando no había locomoción mecánica, excepto bicicletas, morían todos los años en las calles de Londres más de cien personas atropelladas por los vehículos á tracción de sangre.

Con el aumento de camiones, carros y coches automóviles han desaparecido en el tráfico de la capital inglesa más de 50.000 caballos desde el año pasado y, sin embargo, el año



El individuo nervioso que pasa la vida atravesando las grandes vías de las ciudades populares, tiene estas horribles pesadillas.

pasado los vehículos arrastrados por caballos pataron 122 personas.

El número de accidentes del tráfico ha cuadruplicado en estos diez últimos años, pero el tráfico es mil veces mayor y la rapidez ha aumentado en proporción. La población es mucho mayor, mayor el número de transeuntes, infinitamente mayor el tráfico y sus peligros no han aumentado en esa proporción.

Las estadísticas nos dicen que el automóvil está calumniado y que el que más víctimas causa es el camión automóvil; éste hiere pocas veces, casi siempre mata.

Hay en Londres 70.000 vehículos mecánicos. De éstos 2.500 son tranvías eléctricos, 2.000 automóviles, 7.000 taxicabs y el resto automóviles particulares, autos de comercio, motocicletas, etc.

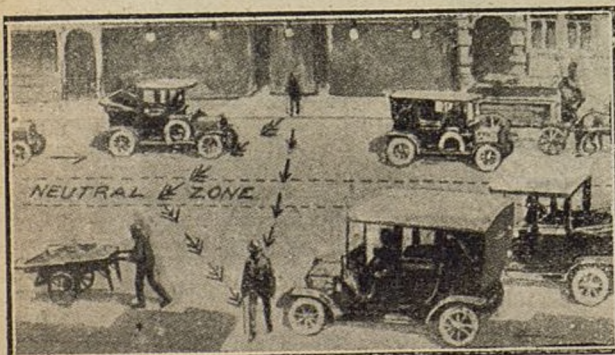
Véase la siguiente lista de fatalidades y la clase del vehículo causante. Una rápida mirada

bastará para convencer que la tracción por sangre ó el tráfico lento no sale muy bien parado:

Muertos por vehículos de caballos: en 1909, 126; en 1911, 122. Heridos: en 1909, 5.733; en 1911, 5.478. Muertos por vehículos automóviles: en 1909, 137; en 1911, 262. Heridos: en 1909, 4.402; en 1911, 7.348. Muertos por los tranvías: en 1909, 26; en 1911, 26. Heridos: en 1909, 2.177; en 1911, 2.330.

Como se ve las víctimas de los tranvías son las menos y esto es fácil de comprender, pues además de llevar el camino señalado y del que no pueden separarse, generalmente circulan por las calles y avenidas más anchas y espaciales.

El que los coches, vagones y carros de caballos causen tantas víctimas es debido á que casi ninguno tiene freno y á la inspección de cocheros y carreteros, con frecuencia muchos jóvenes irresponsables ó poco cuidadosos. Los conductores de tranvías, los chauffeurs de empresas públicas pierden el empleo al menor



Maneras de cruzar la calle. La línea recta es la menos peligrosa.



accidente, y ponen más cuidado en el desempeño de su cargo que los otros, quienes, generalmente, no reciben esos castigos.

Como es imposible que los peatones se abstengan de frecuentar los sitios de más tráfico, es necesario que el que va á pie aprenda á cruzar las calles y ponga especial cuidado en ello.

La mayor parte de los accidentes ocurren por precipitación; por llegar dos segundos antes á un lugar determinado, ó por falta de firmeza y de lógica.

Al bajar del tranvía, espérese un momento y obsérvese la calle detrás de la plataforma, donde uno está á salvo, y no se precipite á cruzar la calle, pues otro tranvía, coche ó carro puede cruzar en dirección contraria.

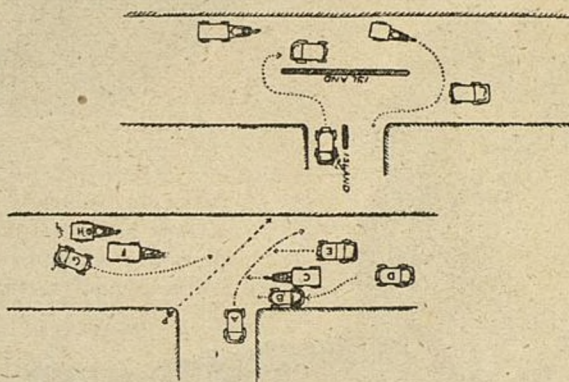
Los vehículos debieran siempre sujetarse á la orden municipal de "Llevar la izquierda", que como medida es buena, aunque diga "llevar", y el transeunte debe procurar aprovechar las besugueras, los faroles de la línea neutra, al atravesar una calle, procurando hacer la línea lo más recta posible, acortando así la zona peligrosa, y cuando esto no sea posible, sorteando obstáculos y escudándose con los mismos vehículos. Sería conveniente que en las bocacalles donde el tráfico fuera grande se construyeran andenes, donde los peatones tuvieran un punto de observación, al mismo tiempo que obligaría á carros, coches y automóviles á conservar su zona, evitando choques.

Fácilmente se comprenderá, con sólo echar una ojeada á nuestro úl-



Al descender de un tranvía, agúardese un momento antes de atravesar la vía.

timo grabado, los peligros que ofrece para el transeunte el cruce de una vía con mucho tránsito, sobre todo



Esquema indicador de los peligros en las bocacalles.

en las bocacalles. Basta que en un momento cualquiera se reúnan allí seis ú ocho vehículos, lo que es un número moderado, para comprender la dificultad que al peatón ofrece y lo amenazado que se ve á ser aplastado antes de cruzar los diez ó doce metros de trayecto.

Como indicamos ya, en esos sitios

de aglomeración de tránsito y cruces ó desembocaduras de calles, debiera de haber siempre pequeños andenes, con lo cual se evitarían muchos atropellos y gran número de choques.

Es indudable que un andén ó besuguera, en un cruce deja reducida en la mitad la distancia peligrosa puesto que el que va á pie tiene su sitio seguro en la mitad del camino y puede observar con tranquilidad los peligros que le amenazan y estudiar la manera de sortearlos. De igual manera, el número de choques quedaría muy reducido, pues los vehículos no podrían tomar las vueltas con tanta rapidez, pues tendrían que sortear en doble curva el andén central, y al mismo tiempo que se disminuía, naturalmente, la velocidad, por ser más largo el trayecto, daría más tiempo y presentaría á los conductores mayor campo de observación y mayor tiempo, por consiguiente, para evitar las desgracias.

Desde luego, el que los vehículos vayan siempre por un lado, evita muchísimas desgracias, sobre todo en las esquinas, donde es fácil el choque si cada vehículo no lleva el lado correspondiente, pues es difícil evitarlo en el centro de la vía al dar la vuelta.

De todos modos, y en una palabra, el tráfico moderno, siempre creciente, exige, en primer lugar, que los conductores sean personas competentes y las autoridades debieran en esto ser inflexibles, así como también en regular las velocidades, no sólo dentro de la población sino en determinados sitios donde la afluencia de gente es grande.

## Carta belicosa

A una señora de  
armas tomar.

Señora doña Sofia,  
capital de la Bulgaria.  
Respetable amiga mía  
y hasta correligionaria. (1)

Por la Prensa me he enterado,  
de ciertos tantarantanes  
que á los turcos les han dado  
estos días, los balkanes.

Claro, que también los dan  
los turcos, según yo leo;  
mas yo me agarro al refrán:  
"¡Eres turco y no te creo."

(1) Correligionario por  
sentimientos de decoro  
en esta lucha de horror  
para exterminar al moro.

No soy—¡bien lo sabe Dios!—  
amigo de que en la tierra,  
los pueblos arreglen los  
asuntos yendo á guerra.

Ni me gusta que por uno  
ni por doscientos Epiros,  
vaya en Europa ninguno  
de los Imperios á tiros.

Pero ante el ardor febril  
que, falto de paz y calma,  
siente ese pueblo viril  
por romperse fiero el alma,

Y ante el gran patriotismo  
de esas gentes nada entecas,  
hasta me siento yo mismo  
balkán, siendo de Vallecás.

Me explico, señora mía,  
la alegría que en usted  
la toma produciría  
de Uskub y Kir-kilisé.

¡Si á mí me ha dejado hobo

y no sé lo que me "pesqui".  
No cayó Ferdinandovo  
cuando ya cayó "Baba-Esqui".

Sí, mi estimada Sofia,  
me explico que en tierra eslava  
sientan tan loca alegría  
y se les caiga la "Baba".

Y pienso la que le espera,  
hoy que la suerte les sopla,  
como su gente pudiera  
colarse en Constantinopla.

Yo ya me siento tocado  
de su entusiasmo, é iría  
de buen grado hasta Belgrado  
por acercarme á Sofia.

¡Adelante! Sois felices  
si tanta victoria es cierta.  
¡Mas con el turco, ojo alerta!  
No os dé al fin en las narices  
con la ya Ex Sublime Puerta!

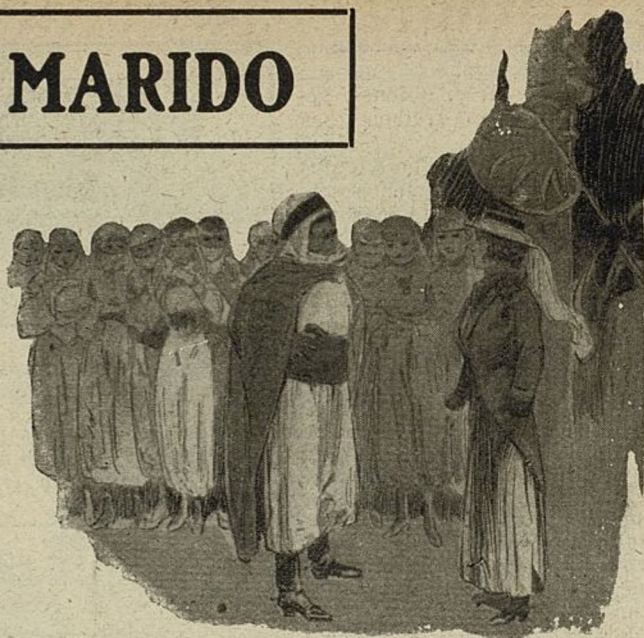
PIO GRACO



# EN BUSCA DE MARIDO

Dejó Constantinopla la viudita; ni un día quiso pasar ya más en tierras de Turquia, y al Africa pasó, creyendo allí encontrar seres y cosas nuevas que poder admirar.

Mas la admirada fué ella; hubo apenas llegado, cuando el rico Al Hamar, locamente prendado, la quiso hacer su esposa; mas ella declinó y á sus proposiciones contestóle que no.



Corrieron, galoparon, y al fin de la jornada la viuda se encontró en oriental morada, allí estaba Al Hamar. "Mi querida beldad— le dijo—. Aquí seréis sultana de verdad".



"Mía serás, se dijo Al Hamar orgulloso, por buenas ó por malas he de ser yo tu esposo. Si no quieres por buenas, palabras de Al Hamar, "No me será difícil el hacerte robar".

Y así en efecto fué; pues recorriendo un día la campiña de Argel, sola, sin compañía, un grupo de jinetes árabes, la cercó, vendándola los ojos y desapareció.

Al verse así burlada, furiosa la viudita, echa mano al sombrero, veloz se precipita sobre Al Hamar; le da fuerte empujón y le clava en el brazo el dorado agujón.

Se arma gran tremolina y espanto en el serrallo, sale la viuda huyendo, se monta en el caballo, y veloz, sin parar, á carrera tendida, llega á la capital, sofocada y rendida.

El traje del harém es bonito y me agrada, mas á usar los bombachos no he de estar obligada, y el día que me plazca, en cualquier población, me pondré, si me agrada, la falda pantalón.

FERS



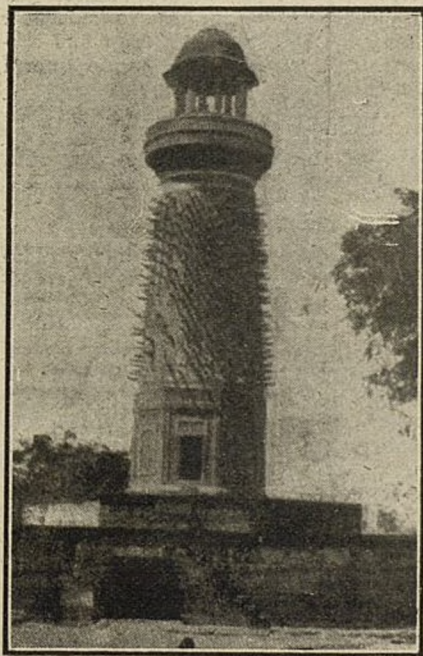
# COSAS RARAS Y NUEVAS

Esta torre original que aquí reproducimos, se eleva en las cercanías

## LA TUMBA DE UN ELEFANTE

de la abandonada ciudad de Fatehpur Sikri, antiguamente la capital del emperador mogol Akbar, que reinó sobre la inmensa mayoría del Indostán desde 1555 hasta 1603.

La citada tumba se conoce en el país bajo el nombre de "Alminar de Hiran" y fué mandada construir por el emperador Akbar en memoria de su elefante favorito, que murió en el sitio mismo donde ahora se levanta el monumento.



Tiene la torre unos veinticuatro metros de altura y lleva en su mayor parte, como ornamentación, cientos de colmillos de elefantes, no naturales sino imitados.

La gran novedad en la Ciudad del Cabo es un cinematógrafo flotante, montado en un barco de 54 metros de largo, que de película á película recorre el puerto de Netherlands.

Se ha pescado en aguas de Huckleberry, Nueva Rochelle, en los Estados Unidos desde luego, una langosta que medía ochenta centímetros de largo. Una de las bocas ó pinzas tenía cuarenta centímetros de largo y treinta de circunferencia.

En Inglaterra hay, por término medio, un policía por cada 712 personas, con excepción de Lincoln, donde sólo hay uno por cada 1.023.

En un nuevo hotel que se está construyendo en el Westo End, el

## FUMADERO PARA SEÑORAS

mejor barrio de Londres, hay un precioso saloncito destinado á "smoking rovon" á fumadero destinado exclusivamente para las señoras. La costumbre de fumar se ha generalizado tanto entre el bello sexo, dice el propietario, que no he tenido otro remedio que destinar un cuarto especial para que las señoras fumen á sus anchas.

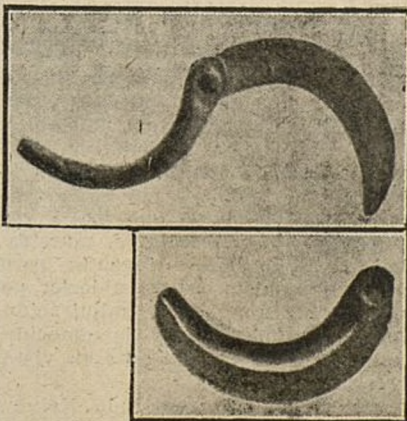
El famoso novelista japonés Kiong Te Bakin ha escrito una novela que contiene 3.000.000 de palabras y no encuentra editor en Europa que se quiera encargar de publicar la traducción por la largura de la obra.

Hace poco tiempo, los robos y las

## NAVAJA CURIOSA

raterías eran tan frecuentes en Jalpaigori, Bengala, que la población toda alarmada se alborotó. La policía se dió con afán á la busca y captura de los criminales, pero todo fué en vano. Al cabo de algún tiempo cogieron á un individuo á quien habían sorprendido cerca de un faro que estaba rasgado en una gran extensión con objeto, sin duda, de robar el contenido, pero el individuo después de cacheado por la policía y de haber comparecido ante el juez fué puesto en libertad por no tener pruebas contra él ni encontrarle arma ni herramienta alguna.

En el momento de salir se le ocurrió á un policía sagaz examinarle la boca y allí encontró un cuchillo de forma encorvada, que se adaptaba muy bien á la dentadura.



El indio cantó de plano y resultó ser el ladrón que había alarmado á la población de Jalpaigori.

Entre las maravillosas rocas de

## UN ESPESO

mármol blanco de Jubbulpur habita un hombre á quien llaman santo. Es un extraño personaje. Una larga cabellera dividida en trenzas, le sirve de manto que arrastra sobre las canteras y trenzas de cerca de dos metros de largo. Esto está considerado por los indígenas como signo de santidad y todos los días le llevan alimentos los devotos.

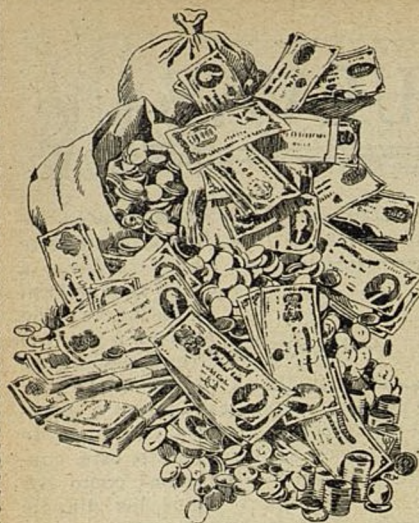


El Sakir, que vive en una pequeña cueva de mármol, pasa su vida entre rezos y meditaciones y debe tener su olor de santidad, pues en su vida se ha lavado.

Espesito debe ser el buen señor.

Muchos son los curiosos que van á visitar las Rocas de Mármol, y siempre se les aconseja que no fumen durante la visita, pues abunda allí una especie de abeja que se enfurece á la vista del humo y atacan con tal violencia que matan casi siempre al descuido que produce el humo; pues bien, el Sakir tiene una curiosa influencia sobre las abejas pues cuando todos los días hace fuego para preparar la comida las abejas acuden, revolotean alrededor de él, se posan en su cuerpo semidesnudo y jamás le pican, y es que las abejas pueden clavar el aguijón en la piel humana, pero no cuando tiene encima una costra de porquería endurecida durante sesenta años.





# LA SED DE ORO

## EL PÁNICO

I

Serían poco más de las nueve de la mañana, cuando un joven alegre y vivaracho descendió de un automóvil que se había parado en una sombría calle de Boud Street, centro de la banca de Nueva York.

Tras él bajó un enorme negro con una maleta en la mano.

El muchacho era sin duda forastero, á juzgar por la franca curiosidad con que lo miraba todo, deteniéndose para mirar á uno y otro lado antes de empujar una mampara que daba paso á enorme jacia, donde tenían sus oficinas los reyes de la bolsa y el agiotaje. Recorrió varios pasillos, siempre seguido del negro, hasta que encontró las oficinas de Henry Galleón y Compañía, una de las pocas firmas que habían recibido todos los "cracks" financieros y una de las que gozaba de más crédito y mejor nombre en el mercado neoyorkino.

Atravesó el vestíbulo sin hacer caso de las preguntas que un barbado y canoso ordenanza le dirigía desde lo alto de una silla, desde donde, encaramado, escribía con tiza en una pizarra las últimas cotizaciones del mercado, y entró en una sala, en la que tras un tabique de tela metálica, escribían prisioneros, varios empleados, sobre enormes libros. Al final del largo pasillo había una puerta con el letrero que decía "Dirección". Allí se dirigió el joven.

Un hombre anciano, encorvado sobre antiguo pupitre de nogal, escribía.

—¿El Sr. Galleón?—preguntó el recién llegado.

—¿Qué clase de asunto?—preguntó el otro, mecánicamente, sin levantar la vista del escritorio.

—Es al Sr. Galleón, á quien quiero ver en persona —dijo el joven, sonriendo amablemente.

El viejo se levantó refunfuñando; tomó la tarjeta que el otro le alargaba y entró en el cuarto contiguo.

Henry Galleón era, próximamente, de la misma edad que su secretario;

pero así como ese andaba encorvado, el jefe de la firma era un viejecito muy tieso y estirado. Su cara y su cabeza calva eran rosadas como las de un niño; los pocos pelos, que formaban semicírculo de oreja á oreja, sedosos y blancos como la nieve, y el brillo de sus ojos era casi infantil. Leyó la tarjeta, y preguntaba con los ojos al tiempo que lo hacía con la boca:

—¿Felipe Kelvin! — exclamó—. ¿Quién es Felipe Kelvin? ¿En mi vida he oído ese nombre!

—Tampoco yo—replicó el secretario— Es un joven de mirada inteligente; pero, á juzgar por su aspecto, debe ser forastero. Viene acompañado de un negro que es verdaderamente coloso, el mayor que he visto, y ¡cuidado que los hay grandotes! ¡Ah!, se me olvidaba; traen una maleta.

Henry Galleón meditó un rato, rasándose las mejillas y el mentón con el meñique y el pulgar, como aquel que ha tenido esa costumbre, adquirida cuando peinaba barba.

—Se han dado muchos casos últimamente de robos hechos por desconocidos y de bombas de dinamita arrojadas en las oficinas y en los bancos. Entérese Menner; vea lo que desean.

—Ya se lo he preguntado—replicó el secretario—; pero dice que quiere hablar con usted personalmente y sólo con usted.

Galleón frunció su entrecejo y añadió:

—Pues si no puede explicarlo á usted, que se largue; no puedo recibirle. Usted está autorizado para cerrar el negocio que desee. Ya lo sabe.

Menner salió con la misiva. El joven Kelvin había sin duda sospechado la contestación, porque se sonrió y se volvió hacia el negro, diciéndole:

—Sam, pon la maleta en el pupitre.

El serio y metódico Menner hizo un gesto de desagrado al ver que el negro dejaba caer de golpe el maletín encima de todos sus papeles, haciendo volver con el ímpetu en todas direcciones las cartas que no habían sido aplastadas por el bulto.

El joven sacó una llave y abrió la maleta.

El secretario creyó que iba á ver un par de libros, catálogos, muestrario de algún nuevo invento; pero cuando la maleta estuvo abierta, no pudo lanzar un grito de admiración porque enmudeció por la emoción que le causara lo que ante su vista tenía.

—Estas — dijo sonriendo Kelvin, pasando la mano por encima del contenido—, éstas son mis cartas de recomendación. Tenga la bondad de dárselo al Sr. Galleón, y añadir que quiero hablar con él personalmente.

—Sí, señor—dijo Menner atollado por lo que había visto—. Sí, señor, ahora mismo.

Cuando entró en el despacho del director estaba lívido y temblaba como una hoja agitada por el viento. Se frotaba las manos nerviosamente y cuando abrió la puerta soltó de sopetón al director la siguiente frase:

—Señor Galleón, ese joven ha abierto la maleta delante de mí y la trae llena de dinero hasta los topes. Toda llena de billetes de Banco; llena, completamente llena de dinero.

—¿De dinero?—preguntó el director.

—Sí señor, de dinero, de dinero—repetía Menner—, de billetes de Banco; paquetes de dinero, sí señor. Me ha dicho que esas eran sus cartas de recomendación y que quería hablar con usted solamente.

Galleón se volvió hacia su secretario y le dijo:

—¿Pero, hombre! ¿En qué está usted pensando que no le hace pasar?

Kelvin entró al momento.

El financiero le examinó rápidamente y vió que tenía delante un joven elegante, de mirada viva é inteligente, de complexión sana, esbelto y alroso que contrastaba con la corpulencia hercúlea y fuerte del gigantescos Sana, perfecto Hércules de rostro de azabache en el que se veía enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda y otra pequeña en la derecha, que se perdía en la oreja, de la cual le faltaba el lóbulo.

—Sus cartas de recomendación, caballero—dijo Galleón sonriendo—son completamente satisfactorias—y añadió mirando á la maleta que traía el negro—: ¿En qué puedo servirle?

Por toda contestación el joven abrió de nuevo la maleta, sacó ocho paquetes de billetes, que contó detenidamente, y después dijo:

—Aquí tiene usted doscientos mil duros y quiero que me compre usted mil acciones de las series que aquí le indico—y entregó al banquero un papel con una lista. El hombre de negocios, banquero y corredor no miró al papel. Sus ojos no se apartaban de la maleta y en un momento hizo un rápido cálculo. Si estos ocho paquetes contienen doscientos mil duros y el resto de los fajos son de billetes del mismo valor, el maletín tiene dentro más de dos millones de duros.

—Mi querido Sr. Kelvin—dijo al cabo de un momento—, aunque sea nieterme en lo que no me importa, permítame que le diga que me parece aventuradísimo, criminal, casi, el llevar así, de esa manera ese enorme capital. Debiera usted guardarlo en un Banco. Además, no hace falta que me deje usted el dinero. Un



cheque firmado por usted me basta; es más, lo prefiero.

—Una de mis principales condiciones—contestó el joven—es que nuestras operaciones han de hacerse en dinero corriente. Ni doy ni recibo cheques ni giros.

—Pero es muy peligroso—insistió Galleón.

Felipe se sonrió.

—Generalmente, sí, suele ser peligroso, pero en las actuales circunstancias, en la actual crisis de dinero, considero los Bancos más peligrosos aún. ¿Tiene usted una buena caja?

—Tengo cajas en los mejores depósitos de la ciudad.

—Entonces le aconsejo; es más, insisto en que guarde usted ese dinero bajo su propia custodia. No dispongo de más de diez duros por acción como margen inicial y guarde el balance como reserva.

—Le diré a usted mi querido señor Kelvin, que ahora el dinero tiene mucho valor y no me parece oportuno el que...

El joven le cortó el discurso diciéndole:

—¿Quiere V. ser mi agente y hacer lo que yo le diga, si ó no?

Galleón no contestó por unos momentos en los que permaneció pensativo, luego preguntó:

—¿Cómo es que ha venido usted donde mí?

—Muy sencillamente; antes de dar este paso he tomado informes de todos los banqueros, corredores y agentes de negocios de Nueva York y

ustedes unos de los que mejores referencias tengo. Está usted entre los pocos que figuran sin tacha en mi lista...

Galleón saludó complacido y preguntó:

—¿Y cuántos somos los intachables? ¿Se puede saber?

—Se pueden contar con los dedos de una mano y aún hay uno que a pesar de todo no me merece entera confianza.

Henry Galleón empezó a contar el dinero, y hecha esta operación tocó un timbre y se abrió una puerta mampara por la que apareció un joven de anchas espaldas, tez bronceada, simpático y personificación del buen humor. Llevaba la corbata anudada con desdén, como hombre que no es esclavo de su indumentaria y se le veía rebosar de salud.

Galleón le alargó el papel que Felipe le había dado.

—Esa transacción en Bolsa según se indica ahí—dijo.

El joven tomó el papel sin fijarse en su contenido.

No apartaba la vista de Kelvin.

De repente dió unos pasos con rapidez, exclamando:

—Mi querido Felipe; ¡dichosos los ojos que te ven, chico! — y le abrazaba y sacudía con fuerza. — ¿De dónde vienes? ¿Qué es de tu vida?

—Vengo de Tennessee, querido, contestó con alegría Kelvin. ¡Qué gordo y qué bueno estás Rensselaer! Me sorprende tanto verte aquí, lejos de los caballos, de los rebaños y de todo aquello. Y a tí te sorprenderá de igual manera que yo no ande por allá.

—Pues no creas que mi ocupación es muy diferente de la que hemos tenido; sigo siendo una especie de vaquero. Soy el hombre de confianza de Mr. Galleón; y ahora recorro las Bolsas y los mercados en lugar de recorrer las vacadas. — Díme: ¿En dónde paras?

noí con una salud envidiable y era todo lo que en aquel tiempo poseía. Durante más de medio año no nos separamos un solo momento y puedo decir que no hay mejor compañero en el mundo ni persona más simpática; pero hay que dejarle que se salga con la suya; es tozudo como él sólo.

—Ya, ya lo he notado—replicó Galleón sonriendo.

—Tiene una voluntad de hierro; como se le meta una cosa en la cabeza, tiene que hacerla lo mismo en las cosas pequeñas que en las grandes. Con tal de que saliera con la suya no le importaba ni el dinero ni la comodidad. Pero ceder jamás.

—Y dígame usted. ¿Cómo ha hecho tanto dinero?

—No sabía que lo tuviera — replicó Rensselaer.

—Mire usted.

Rensselaer se acercó al lado del

patrón y éste le enseñó los fajos de billetes y al tiempo que los hojeaba rápidamente decía:

—Esto me lo dejó nada más que para las primas del negocio que nos ha propuesto.

—¿Se ha fijado usted en la maleta que llevaba el negro? Pues bien, iba repleta de billetes de Banco. Según mi cálculo pasan de dos millones de duros los que tiene en su poder ese muchacho.

Rensselaer por toda respuesta dió un largo silbido y ambos

permanecieron en silencio unos instantes.

—Bueno, sea como fuese—dijo por fin el joven—estoy seguro de que no los ha robado y no tendrá nada de particular que dentro de poco tenga otros dos.

Calló un momento como hablando consigo mismo y luego en voz alta dijo:

—Kelvin solía tener unas ideas rarísimas y a mí me las contaba por la noche en la tienda de campaña donde pasábamos horas muertas charlando en lugar de dormir, ó cuando juntos á caballo hacíamos largas caminatas. Yo no sabía si hablaba en serio ó si eran lucubraciones de su imaginación viva y ardiente.

Era difícil saber cuándo hablaba en serio ó en broma. Siempre con la misma sonrisa de buen compañero. Su tema predilecto era hablar de la república. Decía que la república tenía que desaparecer de los Estados



—En el Hotel Explanada. ¿A qué hora terminas tu trabajo?

—A las tres.

—Ven á verme. Allí te espero.

—Con gusto iré, hoy mismo—replicó Rensselaer — después saldremos juntos é iremos á recordar nuestros buenos tiempos en las praderas.

—En la vida lo olvidaré; no hace falta que me lo recuerdes—dijo Kelvin. Sin embargo charlaremos de ello y de otras cosas. Allí te espero; no faltes...

En cuanto salió de las oficinas el forastero, Galleón, se volvió con viveza hacia Rensselaer y le preguntó:

—¿Quién es?

—Pues, es—contestó el otro—Felipe Kelvin.—Le conocí mucho en Montana. Allí éramos compañeros cuando nos dedicábamos á la ganadería. Hace de esto unos seis años.

—¿Pero estaba allí por cuestión de salud, ó por qué?

—Por la salud, no; siempre le co-





### COLMOS

El colmo de un herrero.—Forjar un clavo en las Fraguas de Vulcano.

El de un sastre.—Contar un traje de las telas del pensamiento.

El de un músico.—Tocarle á uno el amor propio.

El de un andarín.—Correr la pólvora.

El de un carnicero.—Matar el tiempo.

El de un molinero.—Molerle á uno los huesos á palos.

El de un médico.—Curar los jamonés.

El de un organista.—Tocar un órgano del cuerpo humano.

El de un oculista.—Hacer una operación en el ojo de un puente.

El de un cartero.—Repartir las cartas de una baraja.

El de un zapatero.—Coser una bota de vino, con el cabo de una vela.

El de un fotógrafo.—Reproducir la especie.

El de un marinero.—Navegar en un mar de confusiones.

**Evelio VELEZ**

El de un pescador:  
Pescar en un bote de pimientos.

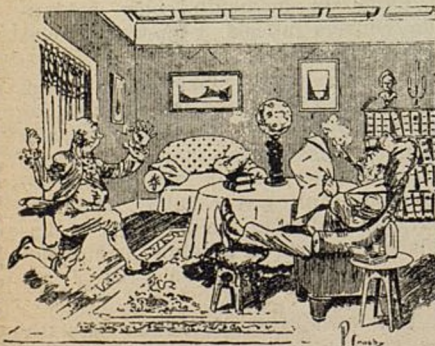
El de un encuadernador:  
Encuadernar el libro del Destino.

El de un marcador tipográfico:  
Marcar con cañamazo.

El de las recompensas de Melilla:  
Conceder el empleo de sargento al Cabo Tres Forcas.

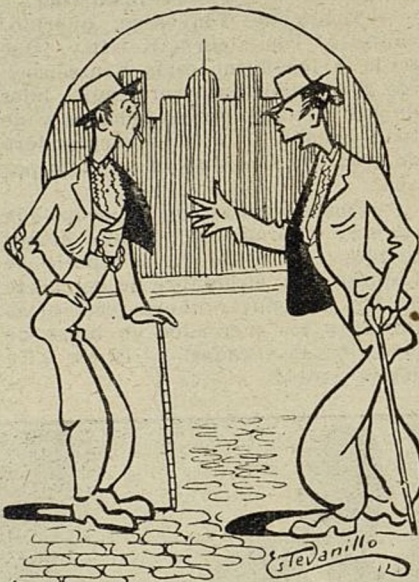
El de un zapatero:  
Coser una bota con cabos de vela.

**Heriberto Vega Polo.**



—¡Señor, señor! La señora se escapa con el chauffeur.

—Diles que si pasan por un periódico, pongan un anuncio de que necesito un chauffeur.



—Que si mata Vicente; es capaz de matar seis Palhas.

—Y pico.

## PASATIEMPOS

**Pasatiempo taurino.**

por

**José López Jiménez.**

¿Quiénes son los toreros que más gustan á la gente del teatro?:

Al tenor, "Gallito".

Al escenógrafo, "Pinturas".

Al apuntador, "Punteret".

A la característica, "Melones" y toda clase de "Frutitos".

A la corista, "Posturas".

Al partiquino, "Hablapoco".

Al primer actor, "Bomba", porque es una palabra rim-"bomba"-nte.

A la bailarina, "Malla".

Al barba, "Moreno de Alcalá", porque es un "bárba"-ro.

Al autor dramático, "Gallito III", por el "ruido" que está haciendo.

Y al empresario, como suele ser económico, "Regaterín".

**INTERCALACION JEROGLIFICA**

por

**Juan Guarro (de Barcelona).**

## NombreRÍO propio S

**TRANSPOSICION DE LETRAS**

por

**Blas Pajares González.**

Repitanse estas letras y fórmense con ellas tres palabras, que es el grito de guerra que, contra el indecente... ha lanzado Inglaterra.

### CHISTES MADRILEÑOS

¿En qué se parece un cementerio á una nariz?—En que tiene fosas.

¿En qué se parece una carta á un transatlántico?—En que va por correo.

**Ramón PEDRADA**

**Ante un Tribunal.**

El presidente.—¿No se avergüenza usted?

El acusado.—¿De qué?

Presidente.—De ser esta la vigésima vez que viene usted á este sitio.

Acusado.—¿Y eso qué importa? ¿No viene usted todos los días?

**Heriberto Vega Polo.**

**En un entrevista.**

—Bien, insigne dramaturgo. Ahora, si le parece á usted, hablemos de sus defectos, de sus debilidades.

—Cuando usted quiera.

—Murmura la gente que á los estrenos asiste usted sin cuello, y... ¿hasta sin camisa! ¿Es cierto?

—Ciertísimo. Pero tiene una explicación muy lógica. Cuando yo estreno una obra, ¡ay, amigo mío...! no me llega la camisa al cuerpo...!

—¡...!

**Reflexión de un casado.**

Siempre que mi cara esposa me zumba la pandereta, (cosa que ella suele hacer con muchísima frecuencia) sin saber cómo recuerdo, entre amarguras y penas, al que dijo: "La mujer es un ángel en la tierra!"

**José López Jiménez.**

Publicaremos los chistes, colmos y chascarrillos que se nos envíen para esta sección y consideremos aceptables.



—Ayer vi el coche del doctor en la puerta de tu casa. ¿Ha sucedido algo?

—Sí, chico; dos "algos" rubios como el sol.